

## JULIO ARBOLEDA O LA IMITACION DE LA VIDA

Escribe: FELIPE ANTONIO MOLINA

Texto de la conferencia pronunciada en la Biblioteca Luis-Angel Arango con ocasión de los actos conmemorativos del primer centenario de la muerte de don Julio Arboleda.

"...AS IF HIS WHOLE VOCATION  
WERE AN ENDLESS IMITATION..."

WORDSWORTH

Ya bien entrado el día —aquel miércoles 12 de noviembre de 1862—, cabalgaron los guerreros, enderezando el rumbo sobre la ruta del Suroeste. Lloviera la vispera, casi hasta el límite del alba, y bajo la mañana de un gris sórdido el camino del monte se dilataba en barrizales espesos. Aquellos pinos contrafuertes de la cordillera, en el nudo de los Pastos, que se vuelcan sobre la torrencera del Salto de Mayo, vigilados por la mole piramidal del cerro de "La Jacoba", son de difícil tránsito, además, y los viajeros iniciaron el tramonto en fila india, silenciosos y meditabundos, adentrándose en la foscura del bosque. Bajo los cascos de las cabalgaduras crujía el pedregullo como la masticación de un animal voraz. Atrás, quedaban el lugarejo de La Venta, escalofriado bajo la terquedad de la neblina.

Guiaba la marcha el Coronel Manuel Barreda, con su atuendo militar y su barba de dos colores. Seguialo Julio Arboleda, el General, en su mula parda, y tras éste su ayudante, Joaquín García, —un tanto separado, porque tenía problemas con el corraje de los estribos—, y a la zaga, dos ordenanzas con la impedimenta. Los otros personajes —contrapartida del drama— salieron muy temprano de la vereda del "Cabuyal", cuartel de la guerrilla de José Obando, trepando por las laderas de la montaña, para despejar una trocha hacia la cumbre del "Arenal" que les favoreciese la retirada. Mientras los diecisiete hombres de la tropilla de Obando hacían campanear los machetes entre los boscajes húmedos, separáseles el mozo Juan María López —señalado para la ejecución del crimen— en compañía de un niño Cadena (enclenque criatura de diez años), quien habría de identificar la víctima, desconocida para su verdugo. De este modo simple, cerrábase el triángulo de hierro humano, geográfico y político de un extraño delito que, días atrás, muy lejos de allí, en el vivac de Pácora, insinuara un Secretario acucioso sobre la marcha del ejército de invasión a Antioquia.

Entre los árboles del barranco que domina el angosto desfiladero de "El Arenal", Juan María López esperó mucho tiempo con su mosquete al brazo. Mediaba el día —apenas un crepúsculo verde en aquella hondura fragosa— cuando apareció Barreda en el recodo del camino. Unos metros atrás, avanzaba Arboleda, ensombrecido el rostro magro por el gran sombrero suaza. El niño alertó al asesino. Saltó entonces éste al hondón del sendero, y se asió a la cola de la mula del General, como suelen hacerlo los campesinos en las marchas penosas, sin suscitar sospecha. Apoyó sencillamente el cañón del arma sobre la maletera de la grupa, buscando la precisión del tiro. A la distancia, se escuchaba el roznar de la cabalgadura de García. De nuevo amagaba la lluvia, anticipando el atardecer. El niño había desaparecido entre los jarales. El trueno de la detonación se prolongó sordamente por las cañadas, como el mensaje de un dios colérico.

El General murió al amanecer, tendido sobre un cuero de res, en la casuca de Rosa Cazuela, no lejos del "Arenal", en pleno corazón de los bosques, del propio modo que le cumplió nacer: cabe decir, en la desolación selvática y a medio camino de todo!

No sé hasta qué punto sea osado afirmar que Julio Arboleda no ha sido comprendido y que, más terrible que la condición trágica de su muerte, es el dolor de las vanas interpretaciones con que se ha victimado su vida de pensador sin exégetas. La sangre de Arboleda no es hoy para la generalidad sino sangre de crimen, mera circunstancia política, fenómeno fatal de una lucha de titanes por la conquista de un vellocino de poder. En cambio nadie se ha preocupado por investigar cómo y por qué aquel hidalgo semifeudal bebe a grandes tragos la cicuta de la rebeldía, por qué se desentiende de su riqueza, lleva la intranquilidad a los suyos y abandona de pronto, como quemado por un rayo satánico, todo el bienestar y regalo a que puede aspirar una criatura humana, para trocarlo por el horror de los campamentos, las vigilas, el hambre, la sed, la envidia y la miseria de una aventura militar. Odiado y perseguido, ya en secreto, ya públicamente, por las más altas figuras de su religión política; calumniado y hostigado hasta la desesperación no solo por sus enemigos naturales, mas por aquellos mismos cuyas preeminencias defendía; rodeado apenas de un puñado de tenientes fieles y transitando por un país todo miseria y desgüeño, nadie osaría pensar que fuesen tantas desventuras la práctica finalidad de un ambicioso, si Arboleda lo hubiese sido. Solo por no encontrar una inmediata y adecuada respuesta a ese interrogante, debe el investigador hundirse en la profundidad vasta y sombría del hombre, no para violar su integridad, sino para rasgar el velo secreto de sus fenómenos de conciencia y hacerlos accesibles y justificables por el común.

Recuerdo poseer entre mis documentos una libreta de notas de clase de Julio Arboleda. Garrapateada por su juventud inquieta con las observaciones captadas velozmente al profesor, en la vieja Universidad de Londres, hállase toda repleta de apuntes, ya científicos, ya filosóficos, sin trascendencia alguna. Por allí hacia la mitad de aquel maltratado libretín, sorprendí unos rasgos pictóricos del estudiante, dibujados quizás en una pausa de meditación, en uno de esos vacíos instantes en que los actos no tienen más fuerza inspiradora que la de los sentimientos comprimidos. Representan una superficie de agua, de entre la cual emerge el brazo re-

vestido de hierro, y la mano con acerado guantelete de un guerrero medioeval; esa mano aprieta con extraordinaria fuerza, casi desesperadamente, una alabarda. A quienes piden conocer un Arboleda real y distinto, yo les entregaría, mejor que cualquier autobiografía o autorretrato, el extraño dibujo del cuadernillo de apuntes. Es la mejor radiografía de una pasión.

Es preciso, pues, afirmar que allí se oculta el rasgo más cautivador de la silueta humana de Arboleda y el gesto singular que la define. Pasión o angustia —no importa el vocablo—, tal es la génesis grandiosa de todo cuanto Arboleda fue y la que anuncia cuánto hubiera sido si la muerte no le troncha a los 45 años la batalladora inquietud. El mundo no entiende, comúnmente, el complicado mecanismo de aquella exacerbación de los sentidos y las potencias; menos aún nuestro pequeño universo, paco, asténico y holgazán. Y, sin embargo, cada día va siendo más exacto que sin pasión nada útil ni cimero puede realizarse en la diaria batalla. Todo cuanto en el hombre palpita de más elevado y angustioso y con un ritmo más acelerado y perfecto, es esto: pasión, deseo dinámico, tremenda aspiración no realizada; el conjunto de fuerzas enderezadas a un fin que no se cumple. Los griegos lo llamaron tragedia, la espantosa canción del macho cabrío al pie del ara de los sacrificios.

Quizás de Arboleda —considerado por este aspecto— no puede formarse una filosofía y apenas se entrevé en sus actos algo como la sombra de un programa ideológico. Pero, en cambio, cuán fácil y hermosa una antología de sus pasiones vitales, que con el correr de los tiempos, por cronicidad, por sistematización, por ilación de fenómenos consuetudinarios, se convierten al orden de una especie de religión definida, con sus preceptos inviolables y con la poesía de su liturgia. Ese, sí, el Enquiridión de la obra arbolediana: pasiones arduas, magníficas, trágicas, y él, todo él, un gran árbol trémulo de pasión y ansiedad. Arboleda, sabedlo, es la más pura realización de la angustia. Como un río crecido, la energía de su alma se precipita por el lecho de la vida, desviada muchas veces por la virtud de su propia potencia, pero en busca siempre de la lógica hoya fluvial, del cauce invariable.

Sería posible atribuir, en cierto modo, a esta condición suya no solo ya su incontrastable actividad, que solo se apareja con la del Libertador, mas principalmente el sinnúmero de resistencias y persecuciones de que le hacen víctima muchos de esos hombrecillos entecos y envidiosos, serios, llenos de majestad y virtud postizas, que aquí solemos llamar notables. El hombre apasionado es un tropiezo para los ecuánimes y los cobardes. Y Arboleda, por desgracia, no es un individuo de concesiones ni transacciones. Hay, opuesto a él, por ejemplo, un discreto señor, siempre viejo, tocado con un bonete de terciopelo, cuya presencia me oprime y acongoja. Es la síntesis del país colombiano.

En cambio —aun a la distancia del tiempo— este Arboleda, gímiente, sonriente o clamante, siéntese arder, quemar, hervir, incendiado por su hiperestesia psíquica. Siempre al rojo blanco, ninguno de sus actos es el pálido fruto de una meditación. Adolorido por algo que le muerde y destroza las entrañas, no cae en la desesperación sino que actúa perennemente. Uno espera siempre que los grandes atormentados espirituales

sean hombres llorosos, amargados, estáticos y tristes. El común de las gentes no concibe el dolor sino como un barco negro, a la deriva sobre un río de lágrimas. —Error! Quizás no existe sentimiento más lejano del llanto que el complejo de una gran amargura íntima. En cambio, sin ella no podrían explicarse muchos poetas, muchos místicos, muchos generales. Los grandes atormentados no lloran sino que actúan. La acción es para ellos lo que para las criaturas débiles una tempestad de lágrimas. Y eso es para Arboleda, precisamente: compensación absoluta de cuanto le ha sido negado dentro de su destino, pues, para decirlo con Goethe, hay algo o mucho de selección en lo negativo de la vida, ya que la clave de la grandeza está en no poder llegar.

Peculiaridad notable de esta constitución humana es la orgullosa carencia del sentido del cálculo, es decir, de cuanto mercantiliza la vida y condiciona su libertad a los cuidados de una baja estrategia y de una táctica tenebrosa. El apasionado no puede ni sabe calcular. Instintivo por naturaleza, proyéctase cada día en un milagro subconsciente. Mas como vivir es una sublimación del arte de la defensa, esa necesidad de resguardarse, de protegerse, busca y encuentra con facilidad anchas válvulas de escape. De allí que no haya criaturas de pasión que no pertenezcan, al mismo tiempo, a las más elevadas jerarquías del espíritu: héroes, mártires, apóstoles, poetas y santos. El tiempo, que no las gana para sí, sírveles de trampolín para saltar a la soledad y al desasimiento. Nada las ata al mundo, como no sea el sentido universal de la lucha. Sujetas en apariencia al cumplimiento de un destino terreno y aplicadas a menesteres perecederos, cualquiera, con un poco de minucioso reparo, puede advertir en el fondo de aquellas actividades el juego de representaciones simbólicas de un misterio más elevado y en ocasiones casi incomprensible. El ángel aparece entonces, casi de repente, como una nueva estatura del hombre.

Por corresponder, como corresponde, a todas estas circunstancias, yo siempre he creído que Julio Arboleda no podía ser un político, y que, efectivamente, no lo fue! El político profesional ha de ser un tiránico señor de sus nervios, que debe mantener sumergidos a toda hora en un caldo tibio y sedante, sustituto de la sangre. No puede amar ni odiar, ni, menos aún, ser susceptible al don ajeno de tales emociones, porque la política es el país de hielo de los intereses creados, en el que no prospera la lujuriosa vegetación de los afectos o de los enconos. Sus palabras serán siempre la mentira de su pensamiento. El político sería, pues, —humanamente considerado— lo más próximo a un indiferenciado sexual.

Y nada está más lejos de esta índole precaria y egoísta que la desdenosa y ardiente naturaleza de Arboleda. La política no es para él sino el camino de trocha por el que corre a integrarse con mayor rapidez en el cosmos de la tragedia total: viceversa, pues, de la política, que la transtrueca y diversifica, convirtiéndola en acto de donación. Los honores de aquel ejercicio le llegan sin buscarlos y entre sus manos se convierten repentinamente en ásperos deberes. De allí que pueda trepar sin esfuerzo desde el banco parlamentario al lomo de su caballo de guerra. Pero se equivocan quienes piensen de él, por esto, que entre las categorías políticas del ochocientos cúmplele incorporarse en las filas nefandas del caudillismo militar, que la paz de este siglo tranquilizó en la plácida casta

de los caciques. Arboleda es la negación y el antípoda de semejante sordidez. Por eso lo odiaron, hasta la epilepsia, los altos militares de su bando, y le brindaron cataratas de acíbar los químicos de la política en la penumbra de sus laboratorios.

Arboleda es, pues, un apolítico, virtualmente considerado, y, no sabemos si como razón o como consecuencia de esa actitud, un ser negativo para la política confesional y procesional, en la que no es posible clasificarlo. En 1848 el liberalismo lo considera suyo y catorce años después, en 1862, cae rendido en olor de santidad conservadora. Creo que ambos partidos se han equivocado con él en una forma lamentable. Pero a diferencia de un Fouché, duque de Otranto, resbaloso explotador de la permeabilidad política y de la intersexualidad mental, Arboleda es el solitario sacerdote del culto de ese Yo en el que, poco a poco, se le elabora una concepción filosófica, doctrinaria y política que oportunamente será desentrañada. Genio y héroe, debe, al fin y al cabo, ser un creador y no un gregario. Y aquella facultad creadora es la que le convierte en un rebelde espontáneo contra las fórmulas manidas de las denominaciones partidistas en boga. Es característica del genio no comprender la ley, no sentirla, no respetarla. Todo cuanto tiene sustancia de ley —el derecho, el partido, el sistema— parécelo ajeno a su Yo, como es imposible querer reproducir, idear, anticipar, la percepción de un determinado clima físico sobre nuestra epidermis. El genio se siente, por sí mismo, raíz de leyes y sistemas. Por eso desprecia todo cuanto le es ajeno y que ha existido antes que él en el tiempo. La vida pura, genial y ardiente, es creadora y no simple admiradora de la creación. Pero, además, en el caso de Arboleda —y aquí está otra de sus grandes manifestaciones trágicas— el contenido programático de las facciones existentes está en abierta contradicción con su pensamiento y con su sentimiento. Quiere, como Bolívar, la paternal responsabilidad de gobiernos fuertemente autoritarios, al tiempo que una hacienda pública que, nacida de la comunidad, siga vinculada a ella por el puente económico de las fuerzas productivas, integradas realmente en el Estado; aspira a un vuelco de las ideas consagradas en materia de derecho internacional, con poderoso viraje hacia la reconstitución de la Colombia bolivariana, meta a la que habrá que llegar uno cualquiera de estos días si es que esta gran patria, fraccionada por fronteras injustificables, aspira al cumplimiento de su destino estelar. Preocúpase por quebrar la cabeza simultáneamente al racionalismo y a la oligarquía en el gobierno del pueblo; y, sobre todo, ambiciona arduosamente modificar la política, curar esa ulceración espiritual, sanar esa espantosa quemadura cuyos tóxicos jugos envenenan, víscera a víscera, todo el organismo social, ciegan los ojos de los hombres y encienden en su lengua las viles palabras del rencor.

Por no haber sido lo que la política exigía de él y por oponerse a sus detentadores y agentes, más que por las órdenes de sus asesinos intelectuales, Julio Arboleda fue condenado en un juicio natural dentro de una fenomenología casi biológica. Y porque el mal subsistiese, no por partido alguno —que ese fue el triunfo póstumo del general— una bala cobarde le traspasó el tronco; y en una hora triste y sorda, vieja ya la noche pero muy lejos todavía de la aurora, hace cien años pereció este varón sin par, bronco y terrible, tendido sobre un cuero de res, pidiendo a grandes vo-

ces su caballo, símbolo de la acción. Desde entonces se le ha venido olvidando!

No sabemos por qué oscuras maquinaciones del subconsciente colectivo, las víctimas políticas, aun las más grandes y las destrozadas con mayor ímpetu por la fuerza expansiva del drama, parecen destinadas desde el primer momento de su sacrificio a cierta valoración mínima en la escala de los méritos sociales. Como si aquel adoleciese de todos los defectos de su origen partidista, la sangre en él derramada se embebe con suma facilidad en el cálido arenal de los odios de bandería. Convertidas luego estas víctimas en proyectiles tremendos contra los instigadores reales o supuestos del crimen, pierden mucho de su humana condición, para trocarse en un elemento amorfo, plástico, dócil como arcilla a la presión de las pasiones ajenas. Por todo ello nadie recuerda hoy a Antonio José de Sucre como la serena estampa de un constructor de nacionalidades, sino como el Abel supuestamente arrasado por la cólera demoníaca de Obando. No es Córdoba quien se sienta en el escaño de Cartago, sino el puñado de trigo sangriento que ha de alimentar la voracidad pasional de Tomás Cipriano de Mosquera. El coronel Leonardo Infante y el general Sardá son, menos que héroes, arbustos doblados por la furia política de Santander; como lo fueron Guillermo Mac-Ewen bajo el sable de Tomás Rengifo, o, en otro tiempo, Piar frente a los fusiles de Bolívar. Julio Arboleda no ha sido más afortunado y, en todo cuanto de él se ignora o se pasa inadvertido, debe atenderse más a la casualidad política que a cualesquiera otros orígenes, ya que el día en que podamos gozar de su presencia, desnuda de semejantes prejuicios, Colombia y América podrán evaluar cuánto se perdió en la tétrica noche de Berruecos.

En el espíritu de Julio Arboleda anidaban todas las fértiles semillas de un porvenir mejor, y el fuego del crimen las esterilizó, quizás para siempre. Lo más profundamente dramático en la gran tragedia arbolediana es el hecho de que, no realizado políticamente por su antagonismo fundamental con esa profesión habilidosa, la luz de su genio haya quedado dispersa apenas en grandes manchas de claridad, como el resplandor jubiloso de una mañana de primavera al penetrar, por las ojivas de una catedral, en la fría penumbra de las naves. La lucha implacable no le dejó siquiera una mínima fracción de tiempo para dar a sus ideas una estructuración orgánicamente positiva. El ideario de Arboleda hay que buscarlo entre las llamas apasionadas de sus polémicas, entre las cuales fulge, incombustible, su pensamiento al modo de la raya fugaz de los relámpagos entre las sombras de una borrasca. Un terrible destino había lo señalado para Ashaverus belicoso cuando su serena inteligencia le compelia al sosiego constructivo. Y esa es la inmensa, la incomparable, la espantosa tragedia de este maravilloso capitán. Inquieta abeja del Renacimiento, hambrienta de azúcares universales, los dioses agotaron en él todos los manantiales de la amargura e hicieron vana su fuerza creadora, desde temprano condenada a la cruel infecundidad de la higuera bíblica, cuyas ramas habían de alimentar la hoguera de una abominación a la que era absolutamente ajeno.

A partir de aquí, la existencia de Arboleda se desenvuelve en el mundo ambiguo y extraordinario de la paradoja, que le interviene hasta en la

escultura de sus rasgos físicos con el desequilibrio entre lo aparente y lo real. Tras la máscara de su rostro, duro y melancólico, sonríe bondadosa la faz de un patriarca. Asimismo, su puño atlético estaba hecho para las más tiernas caricias y su ímpetu de guerrero para gobernar amablemente una sociedad de filósofos. Pero, como es usual en el mundo de lo trágico, ese reverso de su existencia no tiene ninguna importancia ni juega papel alguno frente a la realidad de su drama. Un negro arcángel le arrastra implacable hacia el centro de la tormenta, a la que marcha blandamente como a una celebración floreal. Entonces aparece el mundo de su expresión lírica, y allí la desolación de su canto y el acerbo y desolado contenido de su poesía. Arboleda —y es solo su genio el que permite juzgarlo al través de una obra escasa y apresurada— relíevase de un golpe como el poeta de la angustia más humano y fiel a su humanidad que haya conocido nuestra historia. Incontrastable en la descripción, magnífico en el concepto, dueño de una riqueza musical en verdad sorprendente, ninguna de esas cualidades retóricas es, sin embargo, la que le define y exalta. Por sobre cualesquiera otras consideraciones de la clásica preceptiva, con ellas o sin ellas, Arboleda es —por modo primordial y milagroso— el poeta máximo de la ansiedad y de la muerte, porque es el poeta de su vida desasosegada y tremenda. Son muchas las ocasiones, por eso, en que este hombre no canta sino que ruge como un condenado. Todo lo misterioso del más allá se encuentra de pronto fluyendo de entre sus versos, al modo de un manantial de sangre. Por tiempos se le escucha acezar, suspirar, dolerse como un herido, hecho un nudo de sufrimiento sobre su propio desconsuelo. Y es esta condición de dolor y espanto la que a veces le permite entrever el arcano de su futuro, por más que, quizás, muchas veces aquel desollado sentido premonitorio sea, en realidad, una súbita y ferviente llamada a la muerte, oculta bajo el disfraz del rpto sibilino.

Nadie que estudie la vida de este hombre encontrará en ello satisfacción ni reposo. Sorprendido por el choque de fuerzas disímiles, el observador acaba por huír, temeroso y jadeante, porque nada halla en Arboleda de la tranquila condición celeste sino los sismos brutales de un Apocalipsis. Existencia frenética, apasionada y trémula. ya lo he dicho, no puede contemplársela con detenimiento sin correr el peligro de caer en sus abismos o remontarse hasta sus cumbres heladas, porque es peculiaridad esencial de todo lo arbolediano la de subyugar y apasionar hasta el delirio. Por eso no caben con él melindres ni argucias de policía, sino amor u odio como impregnaciones o repulsiones de su persona. Arboleda no da respiro a quien se le aproxima. Excita, conmueve y desasosiega sin permitir pausas en la loca aventura. Todo lector de sus versos, de sus proclamas, discursos y polémicas, se encoleriza y sufre con él, y con él canta su canción melódica y amarga y le acompaña a vivir en su mundo de horror y esperanza.

No es sin sorpresa como se adivina en este varón iluminado la lucha sin tregua por la salvación de su alma sentimental. Todas sus fuerzas se precipitan hacia esa finalidad y allí se estrellan, represadas por un océano de tragedia, con el que acaban confundiéndose poco a poco, sin que su dulzura modifique en un ápice siquiera el salobre regusto de aquellas aguas. Así como salvación en el gran poema de los dogmas católicos significa superación por la virtud de las miserias terrenas, salvarse en el len-

guaje de la psicología quiere, asimismo decir lucha y exaltación. Pero entre la virtud religiosa, que es potencial angélico, y la simple lucha del espíritu humano contra su propia estructura, que es una palpitación de alas quebradas, hay toda la diferencia y la distancia que va del grano de arena a la remota inmensidad celeste. De la pasión a la acción y del dolor a la poesía, Arboleda realiza su viaje con seguridad pasmosa, hasta que una marca de fuego le detiene sin que haya podido cumplirlo. También la vida —como sus correligionarios políticos y como sus compañeros de armas— parece envidiarle y le cobra en drama su diferencia genial. Distinto en el juego de la política, éralo también —y cuánto!— en el mecanismo secreto de los sentimientos y las aspiraciones. Por eso tenía que ir —y fue— de lo irrealizable a la tregedia y de lo insobornable lírico a la culminación dramática. Orfeo de una fugitiva Eurídice, trueca el sosiego y la atracción de las formas creadas y de los hechos positivos por el peligroso señuelo de su realización individual, que es como la lejana gota de miel de una hora de soledad y perfección. Mas para quien, como él, ha pagado con melodías eternas aquella mínima ventura, sumergido en el infierno de su aflicción, no hay reciprocidad en el cambio. Solo porque se apresura a cobrar lo que es suyo, niégasele el premio, y una condena al círculo de la melancolía es cuanto recibe de aquella transacción equívoca. Arboleda ha querido salvarse, y cada impulso en ese sentido le pierde irremediablemente. Su vuelo al paraíso, es una caída en el vacío de los espacios humanos.

Otro tanto, como reflejo de su actitud humana, pudiera decirse de sus proyecciones políticas, en las que, nuevo Laocoonte, vésele perecer oprimido y destrozado con pareja furia por las facciones en pugna. La portentosa oración con que posesiona a Mallarino de la primera magistratura, es su sentencia de muerte. Quien había abandonado el exilio político para correr a militar en la alegre confraternidad que enfrentaron a Melo las tradiciones cívicas de Colombia, realizando con ello el acto más noblemente simbólico de toda su existencia, muere en el desarrollo de su pensamiento, porque parece escrito que quienes profesen la religión de la unidad nacional han de quedar siempre postergados por los mercaderes del odio. Pero —no es verdad, no! La sucesión de los fenómenos políticos enseña muy claro que en aquella actividad deben distinguirse expresamente dos categorías divergentes que yo me atrevería a señalar con los nombres de política-conveniencia, en la que militan los sórdidos ambiciosos, y política-pasión, en la que forman la heroicidad y el genio, desinteresados y creadores. La primera está condicionada por el tiempo y no sobrevive sino a base de éxitos inmediatos, de golpes y contragolpes, en la inquieta vigilia de la suerte, el azar y la habilidad. En cambio la segunda no se relaciona con el presente más que como acción apasionada, forjadora de un porvenir muy lejano de las fronteras mortales de quienes la siguen y sostienen. Glorificadora y trágica, diríase que solo se alimenta de sangre y de silencio, y que, fértil como beneficio colectivo, fuese absolutamente negativa como utilidad individual. Bien lo demuestra Arboleda, Julio Arboleda, su paladín máximo.

Amo absoluto de su Yo, este hombre no se entrega jamás por fracciones, sino que espera el momento en que una ofrenda absoluta sublime lógicamente su destino. Así se explica el que no se le haya comprendido,

porque si bien tenemos una interpretación oficial de Arboleda, que le define como guerrero sagaz, parlamentario, periodista, poeta; o la viceversa de sus enemigos, que le convierte en déspota, asesino, avaro y miserable, es preciso —aceptando simultáneamente todas esas denominaciones y características— pensar en ellas como en fenómenos sintomáticos cuya significación va más allá de lo meramente perceptible, condicionada por el trasmundo misterioso del alma. —Quién podrá, pues, decir que poseyó a Arboleda? La misma muerte no fue capaz de realizar la conquista. No se le conoció odio alguno y a nadie pareció amar, ni siquiera a sí mismo. Son muchos los hombres de este tipo, los dramáticamente predestinados, a quienes se distingue por esa especie de ardiente y amoroso desafecto; que todo lo dan de sí, pero sin afecto ni desprecio: sembradores que recorren de extremo a extremo el surco, esparciendo la semilla de su grandeza sin mirar dónde cae, porque llevan los ojos fijos en el lindero de la tierra en donde los espera la glorificación del martirio.

Feliz esa ciudad-relicario que le tuvo por suyo, y en la que humanamente realizado culminó también como símbolo de tragedia. Todo aquí parecía pertenecerle a su sosiego interior. El plácido valle sobre el cual corre un cielo de clásica transparencia; las praderas quietas y anchas; el río de cristales sonoros; la cordillera tranquila, de sin igual verdura, todo era suyo, y, sin embargo, cuán distante de su inquietud. En cambio, y por brutal contraste, muy lejos de allí, en donde ya las montañas se aborrascan como la última palpitación del océano, en donde piedras sombrías y filudas tapan los senderos, en esos pinos contrafuertes de la masa geológica, eternamente azotados por los vientos y las lluvias; en un reino de horror y de niebla, por el que saltan corrientes fluviales de extraordinaria fuerza; en eso que por ninguna circunstancia podía pertenecerle, cómo se le adivina, solitario caballero de las noches sin término, galopando sobre los yermos adustos del país de Anchicayá.

—Anchicayá! Quienes han nacido dentro del caucano territorio comprenden bien lo que esta palabra traduce. *Anchicayay* es un remoto quechuismo que significa gemir, sollozar, y diósele como apelativo a aquel siniestro río, colérico, y salvaje que, partiendo de los farallones de Cali en precipitado itinerario, desemboca en la bahía de la Buenaventura. Un camino vertiginoso siguió en otros tiempos los meandros de aquel caudal de aguas, abrupto sendero que amasaron con su congoja esclavos y cautivos, cuyo dolor fue tanto que —junto con la copla popular, estremecida de “dolor y sangre y lágrimas”— troqueló para las horas negras de la desesperanza esta sombría designación: “el camino de Anchicayá”.

No podría decir por qué sutil composición subconsciente hallo relacionados de modo tan estrecho el nombre de Julio Arboleda y el de aquella ruta de la amargura. Arboleda fue el último Argonauta; el desconocido a quien no alcanzaron los versos portentosos de Apolonio de Rodas. Su vida estaba llena de ímpetus, como de viento los litorales cuando se anuncia, elástica, la pleamar. En su existencia nada podía haber recóndito, porque se la barría y limpiaba su carácter —hermoso y diabólico— al modo de esos vendavales que, en los octubres de su valle, truacan las nubes de una tempestad por un cielo bondadoso y vacío. Pero algo incontenible le empujaba al desastre, porque está escrito que “el genio se paga con do-

lor". Nada nos entrega la vida voluntariamente. Cada hecho está representado por la cuantía de sus excelencias y los precios que deben pagarse siempre muy altos, y su símbolo es un perro colérico, imagen dolorosa y activa. De allí que la mejor expresión de la suprema felicidad poética sea siempre un canto de amargura. El árbol no se realiza a cabalidad sin la poda de la tormenta. Quienes corren desalados tras la gloria o tras las siluetas fugaces de un sueño, aprenden pronto que la cima del mundo es un lugar solitario y hosco. La tranquila isla del filósofo está en el centro de un lago de lágrimas. Todo cuanto es dinámico y tiende a realizarse —lo hemos visto en Arboleda— es, al mismo tiempo, la sombra de una aflicción, el eco de un grito acerbo. Para que el alma se arranque de su alvéolo y pueda proyectarse libre en el cosmos amoroso, es preciso que corra al albur de su propia catástrofe. El alarido de la angustia es una suma de muchos silencios. Nada remeda, pues, mejor el espíritu de este hombre como el fragor atormentado de un río subterráneo. La palabra, la oración, el verso, el sollozo, debieron nacer así, del choque de esas aguas prisioneras contra las piedras del angosto cauce nocturno, como un acto de adoración ante la luz conquistada por el espanto y el sacrificio!

---